

III. En 250 años de infatigable labor, los jesuítas habían contribuido de manera substancial a neutralizar aquel elemento de dominación que fue la escritura en la conquista de América. El saber ya *leer y escribir* nos significó ir desarrollando la teleología en la que se fundamenta nuestra identidad como pueblo; el cual, y por ello, con racionalidad busca su independencia. La impronta de los jesuítas en la región altoandina se mantuvo, y de manera precisa, hasta bien entrado el siglo XIX. Francisco José de Caldas, ilustre científico colombiano, quien en los albores de la independencia pasó algunos años en Quito, nos dice: «He visto aquí exquisitos libros y en gran copia; no hay particular que no los tenga en mucha o corta cantidad, y me parece que en esto, Quito hace ventaja a Santa Fe (Bogotá). Yo no conocí allá las Memorias de la Academia Real de Ciencias, y aquí hay tres ejemplares: el uno llega hasta muy cerca de nosotros; muchas obras de Linneo y de otros botánicos; en fin, hay libros buenos en todo género».<sup>50</sup>

Es así como el siglo XVIII, el de la Ilustración, antesala de la Revolución Industrial, inicio de los procesos que en el presente siglo a los países les ha conducido al desarrollo, nos encuentra a los altoandinos. Sabemos ya *leer y escribir*. Con el concurso del *libro*, que lo tenemos, maduran y se perfeccionan nuestras ideas. Se ha producido, pues, el milagro. Nos hallamos a un tris de ser libres, libres con mayúsculas. Son numerosas las pruebas de aquel milagro: los milagros requieren de pruebas. En este trabajo me referiré a dos de ellas. La personalidad y la obra del médico doctor Eugenio Espejo, precursor de la independencia americana, cuyas famosas *Reflexiones sobre las viruelas*<sup>51</sup> fueron publicadas en España, justamente hace 200 años.<sup>52</sup> La segunda prueba, lo que a mi juicio representa el jesuíta padre Juan Bautista Aguirre, el cual se incluye en la última generación de padres de la Compañía de Jesús que había nacido en América y siguió el camino del exilio con la expulsión. Se trata de una generación de americanos ilustrados, estudiosos, plenamente familiarizados con el libro; cuyas obras de incuestionable valor, tanto en humanidades como en ciencias, contribuyeron a fundamentar

<sup>50</sup> Caldas, F.J. de: *El Repertorio Colombiano*. Vol XVII, No. 2, Bogotá, 1897.

<sup>51</sup> Espejo, E.: «*Reflexiones sobre la virtud, importancia y conveniencia que propone don Francisco Gil, cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo y su sitio e individuo de la Real Academia Médica de Madrid, en su disertación físico-química acerca de un método seguro para preservar a los pueblos de las viruelas. Dedicada al Exmo. Sr. D. Joseph de Gálvez, Marqués de la Sonora, del Consejo de Estado y Secretario del Despacho Universal de Indias, por el Dr. D. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, en Quito a 11 de noviembre de 1785*».

<sup>52</sup> Albarracín Teulón, A.: *De los «Aires y Lugares» hipocráticos a las «Reflexiones» de Eugenio Espejo*. En *Memorias del Coloquio «Ecuador 86»*. Quito 7-12 de Julio de 1986 (en prensa). En esta comunicación Agustín Albarracín dice lo que sigue: «Cuando el 29 de Mayo de 1736 llegaban a Quito, en su calidad de miembros de la Primera Misión Geodésica, los españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa, faltaban aún once años para que naciese en la capital de la Real Audiencia de su nombre, en el Virreinato del Perú, la gran, genial y controvertida figura del médico Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Doscientos cincuenta años después del hecho, un historiador de la medicina española quiere rendir un público homenaje a su figura, muy en primer término como acto de desagravio a uno de los muchos equívocos jazares que en la vida de nuestro médico se dieron y cometieron, y en el que intervino otro historiador de la medicina hispana. En efecto, el año de 1846 aparecía en Valencia una famosa obra historiográfica: los «Anales Históricos de la Medicina en General y Biográfico-bibliográfico de la Española en Particular». Su autor, bien sabido, era Anastasio Chinchilla. Pues bien; en el volumen IV de su referida obra dedica cinco páginas a glosar la *Disertación físico-médica de Francisco Gil, el médico de El Escorial que data de 1786, a la par que le adjudica la autoría de una segunda publicación anexa, unas Reflexiones, que no eran sino la valiosísima contribución de Eugenio Espejo al Tema*».

nuestra conciencia nacional americana,<sup>53</sup> y ésta es «la verdadera e histórica intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica».<sup>54</sup>

IV. Juan Bautista Aguirre nació en Daule, pequeña población de la costa ecuatoriana, en 1725. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1740, y dicta un curso de «Moral, Física y Metafísica», en la Universidad de San Gregorio, entre 1756 y 1759. Hombre polifacético, nos ha legado, entre otros libros, su *Física*, dictado de aquel curso, del cual por primera vez se hace una edición completa en 1982,<sup>55</sup> con un admirable estudio del doctor Julio Terán Dutari, S.J. Estos dos elementos, me han permitido situarle al padre Aguirre dentro del contexto del presente trabajo.

La actitud de Aguirre ante el conocimiento científico, dada la época y su condición de religioso, es ejemplar; citaré sus propias palabras. «Jamás me dejaré impresionar como para sostener algo sin tener como prueba de ello un experimento, un argumento o al menos un indicio», «En ninguna cosa brillan más el infinito poder de Dios y su excelsa sabiduría, que en la sorprendente organización de los animales más pequeños», «El recurso de Dios en las cosas prácticas es muy bueno y aún necesario; pero si se trata de explicar las ideas de la Física, debe evitarse porque es un modo de encubrir la ignorancia», «Tal cosa no se prueba con ningún experimento o razón, luego no hay que admitirla.» Qué admirable la actitud del padre Aguirre, en el ambiente quiteño de la época por pequeño y marginal, provinciano y espeso, parte de un contexto, el imperio español, cerrado, dogmático y estrecho.<sup>56</sup>

Pionero en su ambiente, en sus experimentos se sirve de elementos tecnológicos apropiados como la aguja náutica y aquellos que permitían entonces efectuar mediciones geodésicas. Según el propio Aguirre, utilizó «el mejor microscopio construido recientemente por Juan Cuff», sumándose de esta manera a quienes en Europa, a través de la investigación académica contribuían a los adelantos científicos. La bibliografía consultada por Aguirre es impresionante: se trata de 390 autores: franceses, italianos, ingleses, etc. Ciento siete de ellos con obras que habían sido publicadas pocos años antes, y nuestro jesuita las conocía, las había leído, pues se hallaban al alcance de su mano en las bien aperadas bibliotecas que la Compañía había organizado en aquel auténtico último rincón del mundo, como era el Quito de ese entonces. Esto le permitió repro-

<sup>53</sup> Velasco I.: *Algunos hechos sobre la ciencia y la tecnología en Argentina*. *Interciencia* 8 (3); 166-172, 1983.

En este trabajo, subvencionado por la Agencia Canadiense de Desarrollo se dice: «El país debe a los jesuitas el haber dado los primeros pasos para iniciar su vida cultural. En fecha discutida del siglo XVII fundaron la primera universidad argentina, la Universidad de Córdoba, con facultades de artes y teología, y en la misma ciudad, en 1687, el Colegio de Montserrat. Además, en funciones de evangelización recorrieron el país en algunas exploraciones y expediciones de importancia geográfica. Se les debe también los primeros trabajos de índole etnográfica, aparecidos en sus *Cartas Anuas*».

<sup>54</sup> Batllori, M.: *El Abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los Jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica*. *Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Publicación No. 10, Caracas, 1955, p. 171.*

<sup>55</sup> Aguirre, J.B.: *Física*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1982.

<sup>56</sup> Bunge, M.: *Ciencia e ideología en el mundo hispánico*. *Interciencia* 11 (3): 120-125, 1986.

«El imperio español soslayó también la Revolución Científica. En 1700, cuando la revolución newtoniana transformaba de raíz la ciencia europea, y con ello también la técnica y la filosofía, la Inquisición, fuese en Madrid, México, Lima o Buenos Aires, perseguía a individuos sospechosos de ser "amigos de novedades" y, en particular, de novedades científicas y filosóficas provenientes de Francia e Inglaterra».

ducir en los laboratorios de la Universidad de San Gregorio experimentos que se efectuaban en Europa, llegando a comprobar inexactitud en alguno de ellos, a tiempo que en tales casos desarrolla sus propias teorías explicativas. Los ejemplos abundan en su libro. Al igual que en otros jesuitas, de aquella última y brillante generación nacida en América, en Aguirre es patente la conciencia de nacionalidad. Se manifiesta orgulloso de los progresos científicos que van dándose en nuestra América. Les sale al paso a quienes dudan de las observaciones científicas realizadas en nuestras latitudes. Con fruición refuta, cuando es el caso, argumentos provenientes de «los filósofos europeos» como él los denomina. Fue el primero en introducir abiertamente en una universidad americana las concepciones astronómicas de Newton y Copérnico, antes incluso que José Celestino Mutis en Bogotá.<sup>57</sup> Ya para mediados del crucial siglo XVIII, pues, dominada la escritura, se daban entre nosotros productos que requieren madurez: los hombres de ciencia, aquellos que utilizan con conocimiento y propiedad, con discrimen, los nuevos elementos tecnológicos.

V. Con un claro signo de superación de lo que para la conquista de los pueblos andinos supuso el no contar con el lenguaje escrito, y de ruptura del «Mito de la Escuela» que obnubiló la conciencia de los vencidos, surge en la segunda mitad del siglo XVIII el ciudadano más culto que había en la Real Audiencia de Quito: don Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Médico de profesión, el doctor Espejo es un auténtico producto del siglo de la Ilustración.

Nace un día de febrero de 1747 en un Quito aislado y provinciano. Su padre, Luis Espejo, indio quichua nacido en Cajamarca, llegó a Quito como ayudante del sacerdote y médico betlemita fray José del Rosario, quien había sido llamado a dirigir el Hospital de la Misericordia, el único de la ciudad. El joven Luis Espejo, apodado chusig (lechuza), contrajo matrimonio con la mulata María Catalina Aldaz, natural de Quijo e hija de liberto. En Espejo se dio, pues, la fusión de las tres razas que constituyen la base étnica de nuestros países. Según propia confesión, desde temprana edad solía estar en el hospital con su padre, el cual a la sazón era allí cirujano y administrador. La influencia que tuvo su padre en su vocación de médico parece indudable. «Mi mérito, nos dice Espejo, está en haber, desde muy niño estudiado en el conocimiento de los hombres, en no haber dejado el libro de la mano, y aún cuando lo haya dejado, en estudiar en el vastísimo libro de la naturaleza con la observación.» La extraordinaria erudición que llegó a tener el doctor Espejo no puede explicarse sin que gozara de un franco e ilimitado acceso a las magníficas bibliotecas de los jesuitas, aún antes de la expulsión; las relaciones que mantuvo con el padre Hospital y otros eruditos de la Compañía como el gran historiador Juan de Velasco, debieron facilitar su afán de conocimiento. Extrañada que fue la Orden de los territorios americanos, la biblioteca de San Gregorio pasó a la Universidad de Santo Tomás de Aquino, y la del Colegio fue declarada pública, y es la que retornó a manos de los jesuitas, desmedrada desde luego, y se halla actualmente en la Casa de Estudios que mantiene la Compañía en Cotocollao, barrio periférico de Quito. Este portento en gran medida lo debemos al doctor Espejo,

<sup>57</sup> Keeding, E. *Las Ciencias Naturales en la Antigua Audiencia de Quito: el Sistema Copernicano y las Leyes Newtonianas*. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, No. 122: 58, 1973.